

Mito y reto de la «perestroika»

JAVIER TUSELL *

LA descripción de lo que es y significa la «perestroika» en sus diversos aspectos testimonia hasta qué punto resultan superficiales algunas informaciones de prensa acerca de la reciente evolución de la Unión Soviética. Si siempre ha sido necesario conocer en qué consiste y cómo funciona la URSS, ahora, en que parece haber cambios que se describen diariamente en los medios de comunicación, resulta imprescindible conocer más que nunca esa realidad que tan directamente influye en nuestras vidas. Tal tarea es especialmente difícil porque desde el 85 la realidad soviética parece haberse acelerado: un país que por sus instituciones políticas parece estar dotado de una lentitud mineral, casi geológica, en el desarrollo de su vida interna, ahora, en cambio, parece experimentar una convulsión que le hace ser protagonista habitual de las noticias en la prensa del mundo occidental. La «perestroika» soviética es ante todo, un reto y un mito: es lo segundo porque parece un término mágico en el que se engloba toda la línea del PCUS en el momento actual y porque la prensa occidental la ha dotado de toda un aura de acontecimiento trascendentalísimo y ya logrado; es un reto no sólo para los dirigentes actuales de la URSS, sino también para el mundo occidental, que tiene que descubrir la realidad de la «perestroika» y adaptar su actitud a ella.

Claro está que ha habido quienes sencillamente se han negado a considerar que la «perestroika» sea un fenómeno que merezca la pena reflexión alguna pues se trata de una simple triquiñuela política. Por supuesto esta actitud es reconfortante, en el sentido que evita cualquier quebradero de cabeza, pero también es simplificada y lo peor que puede suceder es, en cuestión tan importante, guiarse por simplificaciones.

UN CHISTE ILUSTRATIVO

Quizá la mejor forma de acercarse a un juicio correcto sobre lo que sea la «perestroika» sea un chiste que he visto citado por más de un soviólogo y que, al parecer, circula habitualmente por Moscú. Los líderes soviéticos desde los años treinta hasta la actualidad viajan, en tren, cuando éste sufre una avería y se para. Stalin se levanta de su asiento, manda fusilar al maquinista y el tren sigue parado. Kruschef reacciona inmediatamente: ordena reivindicar al maquinista, pero el tren sigue sin funcionar. Breznev opta por permanecer sentado y mantener una amable conversación, afirmando que el paisaje que se ve desde la ventanilla cambia y que, por lo tanto el tren se mueve. Gorbachov con gesto decidido sale al exterior, monta en la máquina, lanza un encedido discurso y trata de convencer a los viajeros de que empujen al tren; lo malo

* Barcelona, 1945. Catedrático de Historia Contemporánea. Director de Cuenta y Ra-

es que el tren sigue sin moverse. El chiste encierra una profunda sabiduría porque revela que, en efecto, hay un cambio; pero que no es menos indudable que ese cambio se da en el marco preciso de un sistema político y social. Gorbachov a quien se parece como personaje histórico es, desde luego, a anteriores ejemplos de la clase dirigente soviética: tiene de común con Kruschef su populismo, con Stalin el sentido de la urgencia con el que es preciso desarrollar el programa propio e incluso con Lenin en la voluntad, típica del final de su vida, de emplear el procedimiento de la persuasión para sumar las masas ciudadanas a los propósitos del partido. Por supuesto, como siempre suele suceder en la Unión Soviética, aquella persona de la que Gorbachov se muestra más distante es precisamente el líder anterior, Breznev. Este tipo de comparación puede dar la sensación de que tan sólo hace mención a unos personajes históricos concretos, pero, en realidad, tiene mayor trascendencia pues se refiere también (aún más, sobre todo) al tipo de régimen al que sirvieron y sirven todos ellos.

Quizá el análisis más agudo hecho hasta el momento acerca de la «perestroika» haya sido hecho por una persona de excepcional inteligencia aunque, en no pocas ocasiones, su capacidad de análisis no haya venido acompañada por una ejecución i acertada: Henry Kissinger. Éste ha dicho que en Rusia en el momento actual la reforma está en el aire y no cabe dudar de que responde a una voluntad real. Sin embargo esa reforma a los ojos de un observador occidental se presenta con una fundamental ambivalencia; obviamente los dirigentes soviéticos quieren superar el retraso tecnológico y el estancamiento económico y hacer desaparecer la corrupción, pero ello no quiere decir ni mucho menos que deseen cambiar radicalmente el sistema en que viven. Es más, lo que quieren hacer es convertirlo en capaz verdaderamente de competir con el mundo occidental, liberal y democrático, con quien no han estado en condiciones de hacerlo en los últimos tiempos. La divergencia entre la URSS y Occidente sigue en su plenitud porque se basa en sistemas políticos radicalmente distintos. De hecho (como ha recordado el soviólogo francés Alain Besancon) Gorbachov no sólo no ha dejado de ser leninista, sino que fundamenta todas y cada una de sus posturas políticas en citas del creador del régimen soviético. En cierto sentido lo que pretende es controlar más una sociedad que parcialmente se ha liberado a sí misma del totalitarismo o que no responde de modo automático a las sugerencias de los dirigentes; por eso la «liberalización» soviética es más un síntoma social que algo logrado por la «perestroika». Ésta es la realidad y por ello, volviendo a Kissinger, no tiene sentido alguno atribuir a Gorbachov, personalmente o a su programa, virtudes y capacidades que ni uno ni otro pueden tener. Gorbachov «es un producto de la evolución del sistema comunista» y no partir de: esa base constituye para un político o un intelectual occidental el peligro más grave: es una irresponsabilidad que puede tener consecuencias gravísimas por el simple hecho de haber elegido el camino más fácil, el aparentemente más sencillo y «progresista».

Esta tentación, no es algo remoto o imposible, sino que se da diariamente, entre otras cosas porque la gran diferencia de Gorba-

UN JUICIO DE KISSINGER

chov con respecto a sus predecesores es que ha hecho una excelente labor de propaganda en el mundo occidental, único terreno en el que ha superado ya netamente a una persona como Kruschef, que también trató de ser en cierto sentido un reformador. Hay una tendencia a considerar que, puesto que Gorbachov es reformista, su programa, por el solo hecho de merecer este calificativo, es absolutamente óptimo, debe ser directamente ayudado, se ha traducido ya en un cambio efectivo en la Unión Soviética y ésta ha dejado de ser, incluso remotamente, un peligro para la paz y la libertad que existen en el mundo. Esta postura está directamente ligada a la falta de información: en la bibliografía sobre la reciente evolución del sistema soviético, los textos en los que se da más por supuesto que la reforma de Gorbachov se ha producido ya son los más superficiales y no los que tienen como autores a personalidades prestigiosas en el mundo de los estudios soviéticos.

EL CAMINO DE LA PAZ

Pero no hay sólo insuficiente información, sin atender al pasado ni a la realidad del sistema soviético, sino también una voluntad en exceso ingenua de buscar por el procedimiento aparentemente más simple el camino de la paz. Para algunos da la sensación de que el acuerdo con la URSS es más importante que el contenido del mismo y que sus posibilidades de perduración; en consecuencia, dan por supuesto que el cambio se ha producido ya. Pero eso no tiene nada que ver con la realidad del sistema soviético, sino más bien con una peculiaridad del mundo occidental. Melvin Lasky ha hablado de lo que él denomina como «los ciclos de la fantasía» en nuestro mundo occidental, que llevan periódicamente a pensar que un cambio en el mundo soviético se ha producido ya o es inminente para luego convertirse esta posibilidad en una inmediata decepción. Ahora estamos en uno de esos momentos en que el cambio en el sistema soviético parece próximo o ya realizado. Hay que preguntarse si no será cierto respecto de quienes vivimos en el mundo occidental y democrático aquel diagnóstico de Koestler en los años cincuenta; para él el hombre europeo de aquel momento tendía a ser neurótico, en el más literal y etimológico sentido de la palabra puesto que practicaba un contacto erróneo con la realidad que le llevaba a confundir a ésta con sus propias ilusiones; se refería a ese tipo de confusión o de fantasía con respecto a la Unión Soviética y concluía que la neurosis acababa por suponer tener el telón de acero en el cerebro.

LO QUE CAMBIA EN LA URSS

La realidad de la Unión Soviética, válida para su pasado y su presente, es la misma que la de aquella mujer citada por Verlaine: nunca es la misma pero nunca ha llegado a ser completamente diferente.: Lo que no cambia del sistema soviético es el monopolio del poder político por el partido comunista, el hecho de que éste no representa al pueblo y, por lo tanto, su sector dirigente es literalmente irresponsable; la estatalización de la economía y sus mediocres resultados no sólo en el presente sino también, al menos respecto de su potencial previsible, en el pasado o la vigencia del marxismo leninismo como única ideología posible y oficial. En esto consiste el régimen soviético y es propósito de los «reformadores» soviéticos que en ello siga consistiendo. Eso es lo estricta-

mente pésimo de ese sistema. Tan irresponsable es olvidar esta realidad como considerar, en el otro extremo del espectro, que sólo puede tener sentido cualquier esperanza de paz con los soviéticos cuando se haya producido un cambio instantáneo de régimen por procedimientos revolucionarios.

Cualquier observador atento puede apreciar el contenido de las reformas que impulsa Gorbachov: es evidente el vigor con que las impulsa pero también sus enormes limitaciones desde nuestra óptica occidental y democrática. Lo que Gorbachov pretende es desarrollar intensivamente la economía sin modificar sustancialmente el régimen político. Aun en el mejor de los casos parece por lo menos improbable que consiga, con los medios que ha utilizado o los que ha enunciado, que Rusia supere su estadio de un país que habiendo alcanzado los primeros puestos en el «ranking» de producción de determinadas materias al mismo tiempo mantiene rasgos que son los de un país subdesarrollado; no parece que pueda llegar a estar de ninguna manera en la vanguardia tecnológica ni que vaya a superar los graves inconvenientes de determinados sectores de la producción, como puede ser la agricultura. En política económica, como en política a secas, lo característico de Gorbachov ha sido hablar de reformas mucho más que aplicarlas. El marco en que se desenvuelve, desde el punto de vista político, Gorbachov es el de una estricta ortodoxia que puede hacer crecer la tolerancia pero no la libertad y que considera la «glasnost» útil, pero no como un valor en sí sino con el objetivo de hacer desaparecer la resistencia contra la línea del partido. La introducción de un sistema de libertades democráticas o de una economía de mercado es algo que no sólo no está en el horizonte inmediato sino que parece a años luz de los propósitos de los dirigentes soviéticos actuales. En cuanto a la política exterior hay, a corto plazo, una perspectiva más esperanzadora de vivir en «tregua prolongada» que en el pasado, pero esto no es así necesariamente a; medio y largo plazo. El expansionismo exterior no es una casualidad ni una incidencia del sistema soviético; puesto que ese sistema no va a cambiar la amenaza perdura como posibilidad y obliga al mundo occidental a mantener una capacidad de respuesta disuasiva: seguimos, por tanto, condenados a defendernos y a pensar en términos estratégicos. Andrei Amalrik escribió que en la medida en que la paz del mundo dependía, como depende, de un grupo de hombres seleccionados como lo son y siempre lo han sido los miembros del politburó del PCUS, con su ideología y su práctica habituales, ningún pacto, ni incluso el más favorable a los intereses de Occidente puede llegar a proporcionar la seguridad absoluta de que la paz se mantendrá. La URSS sigue teniendo dedicada a su fuerza militar una desproporcionada cantidad de recursos económicos para en la realidad de la vida cotidiana de sus habitantes aunque parece haberse dado cuenta de la interdependencia global a la hora de resolver los problemas de seguridad y Ha adoptado una postura crecientemente defensiva en materia de seguridad frente a lo que había sido habitual en ella durante el pasado. Esto, sin embargo, no tiene como consecuencia que la URSS se desdiga de aquel principio según el cual su victoria en una determinada

**EL
CONTENIDO
DE LAS
REFORMAS
DE
GORBACHOV**

**UN
ACONTECIMIENTO
QUE NO
SIEMPRE ACABA
BIEN**

zona sería irreversible: incluso si se retirara totalmente de Afganistán no por ello renunciaría a mantener allí un sistema comunista. Las tesis soviéticas actuales acerca de la coexistencia pacífica en su expresión oficial son más positivas que nunca lo han sido: como han señalado Thatcher y Genscher ahora, a diferencia de la época de Kruschef, no parece Gorbachov mostrar esa sensación prepotente de que el sistema soviético enterrará a sus adversarios capitalistas, ni la voluntad de convivencia se hace compatible con un insistente enfrentamiento ideológico. Pero, además, incluso si la reforma de Gorbachov alcanza un éxito apreciable no por ello dejan de existir las posibilidades de un enfrentamiento en el futuro; el triunfo en este terreno puede suponer una cierta conciencia de superioridad cuyo resultado pudiera ser una vuelta al expansionismo exterior. Incluso el resultado exactamente contrario puede tener la misma consecuencia, en el sentido de que un régimen como el soviético también tiende a hacer desaparecer las dificultades interiores por el procedimiento de hacerlas olvidar mediante la expresión externa. El futuro, en lo que respecta a la relación con la Unión Soviética, está, pues, lleno de interrogantes.

Parte de ellos nacen del propio destino de las reformas de Gorbachov. ¿Va a conseguir éste aplicar las reformas que ha enunciado hace tiempo y, en caso de hacerlo, hasta qué límite estas reformas van a suponer un cambio en la vida de los soviéticos y en la de los seres humanos en general que, en nuestra libertad y en nuestra paz, dependemos en un elevado porcentaje de lo que suceda en la URSS? Una reforma en la URSS es un acontecimiento que no siempre ha concluido bien. De Gaulle decía que su país, Francia, era capaz de hacer revoluciones, pero resultaba alérgico a la reforma; mucho más cierta es esta frase aplicada a la URSS, como se prueba por el hecho de que los líderes relativamente reformistas que ha tenido (Malenkov, Kruschef...) han sido precisamente quienes no han llegado a la muerte en el ejercicio del máximo poder político. Sin embargo, al mismo tiempo, da la sensación de que lo verdaderamente característico de la URSS es precisamente la reforma desde lo alto; así lo dice el historiador soviético Roy Medvedev. Desde luego hay terrenos en donde las posibilidades de éxito: del sistema soviético son mayores: en general los soviólogos juzgan que el aparato administrativo es más fácil de someter a una disciplina que, a medio plazo, la economía. Los disidentes soviéticos están de acuerdo en este planteamiento pero, en general, al menos los que viven en Occidente, se muestran escépticos respecto a la eventualidad de que la reforma de Gorbachov perdure. Bukovski, por ejemplo, no le atribuye más de cinco o siete años de duración.

¿Cuáles son, en definitiva, los escenarios previsibles de desarrollo de la reforma de Gorbachov? Los hay improbables como, por ejemplo, el retorno a una etapa semejante, en su barbarie, al estalinismo. Tal eventualidad resulta improbable sobre todo porque, aunque las nuevas generaciones soviéticas en el poder no tengan, en absoluto, una proclividad hacia la democracia menos aún aceptarían un retorno a Stalin, cuya denuncia por Kruschef presenciaron en una etapa juvenil. En el mejor de los casos, supuesto el

triunfo total y absoluto de las reformas de Gorbachov cabe concebir la posibilidad de una situación en lo político como en Hungría o en lo económico como en China en un plazo medio. Sin embargo este escenario es improbable porque el punto de partida soviético no ha sido una crítica tan dura contra el pasado como en China ni los propios objetivos de Gorbachov parecen tan novedosos como en aquel país. En la Unión Soviética, por su pasado y por su realidad actual, parece que ante la reforma hay resistencias objetivas que, además, son graves. La mayor parte de los soviéticos aprecian este hecho y por ello mismo señalan la necesidad de someter a estrecha vigilancia lo que va a suceder en los años próximos; en definitiva, a diferencia de China, la URSS es una de las escasas potencias del mundo capaz de determinar nuestro futuro, el global de toda la Humanidad. El propio Gorbachov dijo, a finales de 1987, que los dos o tres próximos años iban a ser complicados y decisivos, incluso, en cierto sentido, críticos. Es muy posible que sea así como también que el resultado final de la experiencia de Gorbachov en el poder sea una cierta vía media, es decir que se vuelva a una cierta «breznevización»; a fin de cuentas esto es lo que en tantas ocasiones ha sucedido en la URSS. También las reformas de Kruschef concluyeron en poco. Pietro Nenni, el dirigente socialista italiano, dijo, a la caída de éste, que se había demostrado la impotencia de individuos incluso de tan trascendental relevancia frente a los vicios de un sistema; quizá de la etapa de Gorbachov digamos algo parecido.

Es obvio que una eventualidad como ésta en nada nos favorecería; urge, por tanto, preguntarse desde Occidente qué podemos hacer respecto de la experiencia de Gorbachov en el poder. Habría que comenzar, sin embargo, en sentido contrario, por lo que no hay que hacer. No hay, en primer lugar, que aceptar un tipo de planteamiento que a veces ha hecho el propio Gorbachov y que consiste en, puesto que él ha iniciado una «reforma radical» en la Unión Soviética, juzgar que Occidente debiera hacer lo mismo. En realidad la democracia es la reforma permanente y, como tal, debe seguir manteniéndose; siempre debe estar abierta a cambios pero nunca a aquellos destinados a adulterarla y eso puede suceder si nos colocamos en el mismo plano de Gorbachov. La «perestroika», que casi no es una reforma a fondo, se plantea como necesidad para otras latitudes y no la nuestra. Pero tampoco hay que desacalificar radicalmente la «perestroika», como si fuera lo mismo que el sistema soviético de la época estalinista; ese tipo de actitudes suponen iniciar una espiral de reproches de dudoso resultado positivo. Occidente ha de ser fuerte, más que en su capacidad militar, en la conciencia de lo que es realmente y representa, pero no debe optar por una posición de fuerza. De hecho, en ocasiones anteriores, como en 1955, a la muerte de Stalin, fue posible mejorar la situación internacional e incluso aumentar la libertad de una porción de la Humanidad gracias a la evolución de la política interna soviética. El propio Churchill, que inventó la expresión «telón de acero», dijo también que «será un error pensar que no se puede llegar a un acuerdo hasta que ellos (los soviéticos) no hayan cambiado». Más que recurrir a una posición de

**QUE PUEDE
HACER
OCCIDENTE**

fuerza, los resultados imprevisibles, lo que hay que hacer es conseguir que los hechos vayan detrás de las palabras de Gorbachov: tomarle la palabra y ver si los hechos van detrás, como ha sugerido el Ministro de Asuntos Exteriores italiano, Andreotti. Ésta es la tarea más fructífera pero también la más complicada: negociemos con él, sabiendo de dónde viene y cuál ha sido el sistema político que ha servido y sirve y sin olvidar las características de aquel en el que vivimos.

**LA AYUDA ES
POCO VIABLE**

Lo que, en cambio, no tiene mucho sentido es intentar ayudarle. Genscher, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, ha propuesto «influir sobre la evolución en sí para ponerla de nuestro lado». Éste es un buen propósito, pero poco viable e incluso contraproducente. Occidente puede hacer muy poco para influir directamente en la evolución de la política interior soviética en donde sigue siendo cierta la máxima de Lenin: «Si tu enemigo lanza flores, pregúntate qué error has cometido.» Una actitud complaciente con Gorbachov puede concluir, en realidad, con la no retirada de Afganistán o con el mantenimiento de una práctica prohibición de que emigren los judíos rusos. La verdadera actitud prudente consiste en mantener una actitud abierta y firme a la vez. Así, por ejemplo, en el terreno económico no tendría ningún sentido que Gorbachov se beneficiara indiscriminadamente de la aportación tecnológica occidental sin que ello se pagara de alguna manera en su política interior y en la ampliación del nivel interno de tolerancia; tampoco tendría fundamento que la URSS obtuviera facilidades comerciales que, de hecho, entregan los incentivos fiscales a la exportación del mundo occidental a una Rusia, que sigue siendo nuestra adversaria porque su régimen político es esencialmente distinto al nuestro y pretende, a medio o largo plazo, imponerse sobre él. Una Rusia soviética, que en el momento actual tan sólo puede atraer a una porción mínima del género humano —tan sólo en países subdesarrollados y carentes de libertades de América hispánica— debe pagar por esta actitud receptiva de parte de las potencias democráticas, bien en seguridades respecto de nuestra situación estratégica en el futuro o bien en tolerancia respecto de sus propios ciudadanos.

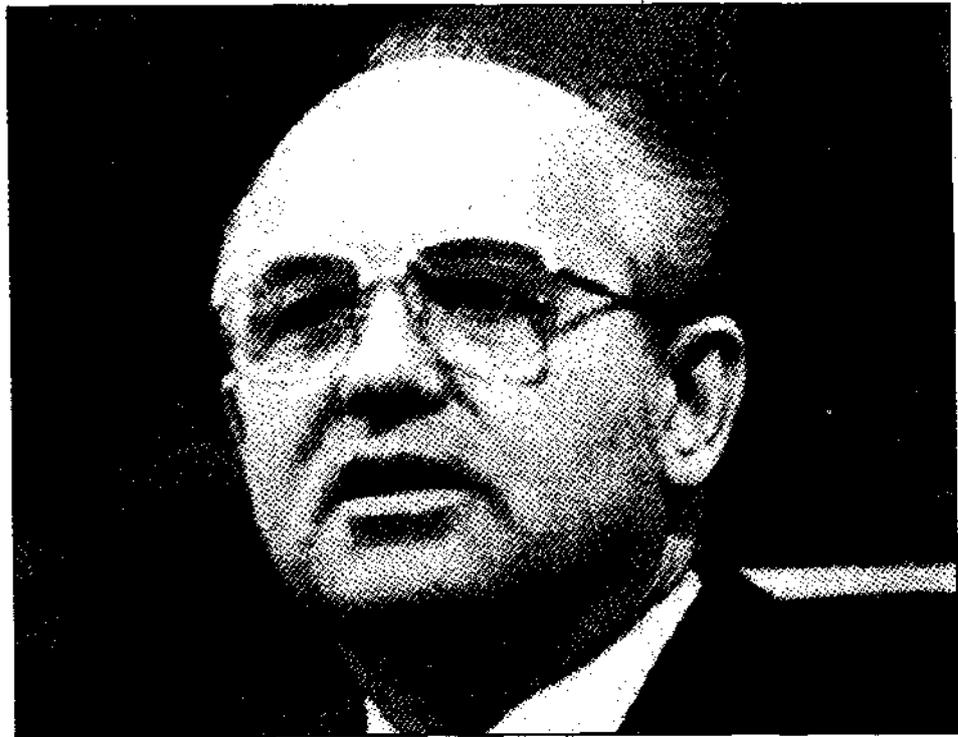
**ACTITUD
ESPAÑOLA**

Pero todo esto, que es obvio, ¿hasta qué punto ha sido entendido en España? En mi opinión, muy poco y ésta es la razón fundamental por la que se ha escrito este artículo. Desde luego la reacción de entusiasmo de los dirigentes de los partidos comunistas ante el fenómeno de la «perestroika» demuestra que siguen manteniendo un hilo nada sutil que les une a la URSS, al menos como punto de referencia obligado. Ahora a los militantes comunistas la línea del PCUS les parece como una especie de reivindicación postuma del eurocomunismo, aquella supuesta tesis ideológica que en realidad no era más que una táctica y que tan poco tiempo ha durado después de un despegue que pudo parecer prometedor. En el fondo los dirigentes comunistas siguen en un «ghetto» que es el de quienes piensan que en realidad el sistema soviético es esencialmente óptimo, tanto que de él pueden surgir tesis aplicables en el mundo occidental. Ahora, en que tan escasas esperanzas inme-

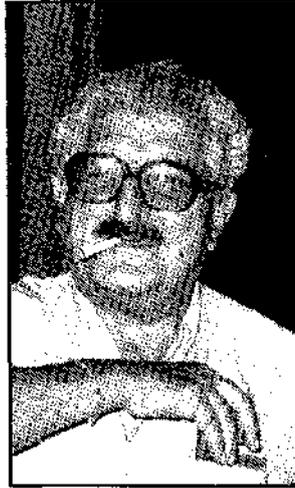
diatas parecen tener los dirigentes comunistas, el éxito de público de «Perestroika» les hace defender sus tesis y presentar el libro de Gorbachov en actos a caballo entre lo literario y lo político. Al hacerlo, sin embargo, no sólo muestran una proclividad a seguir .utilizando a la URSS como norte sino, sobre todo, que su visión de lo que es Occidente sigue siendo estrictamente estalinista. Léase el libro que Simón Sánchez Montero ha dedicado a la «perestroika» y se comprobará lo dicho con sólo constatar que la culpa de la falta de paz en el mundo es exclusivamente de los Estados Unidos y su «complejo industrial-militar». Esa recuperación de la confianza de la dirección comunista se ha transmitido a una parte de la intelectualidad de su entorno. A la reunión celebrada en Moscú y dedicada a divulgar los planteamientos del líder soviético asistieron personas como Antonio Gala y Bardem: el primero creyó presenciar «una ocasión histórica» y el segundo escribió que se había acabado ya el «malo de la película» que, en otro tiempo, era siempre el líder soviético. De estos arrebatos de entusiasmo cabría preguntarse si-hubieran sido idénticos en el caso de que la i línea oficial del PCUS hubiera sido otra. En algún caso —el de Bardem, antiguo estalinista— la respuesta es afirmativa; en otros es mérito de Gorbachov que sus propuestas hayan alcanzado un eco más proporcionado a la efusión sentimental que provocan que a los términos reales en que se basan.

El impacto de la «perestroika» en el área comunista era esperable y resulta lógico; lo es menos en otras áreas de la vida española. La derecha, en sus órganos de expresión, parece empeñada en

**LA DERECHA
Y LA
IZQUIERDA**



Mijail
Gorbachov.



Gala, Bardem y Semprún, tres actitudes de entusiasmo político.

demostrar que del intento de Gorbachov necesariamente no saldrá nada; puede que sea así, pero en todo caso eso derivaría de las características del sistema soviético, que se olvidan, para concluir en una condenación general que, al menos, debiera ir acompañada de mayor información. Incluso, como en otros países, ha habido también personajes de la derecha social española que han vuelto de la URSS con una alabanza indiscriminada, aunque en el fondo está; dirigida a aquello que coincide con la visión propia antes de salir de Madrid. Si en la derecha ha habido falta de información y de matiz, en la izquierda ha habido oportunismo. Gorbachov proporciona con frecuencia este tipo de declaraciones con las que se puede concordar sin problemas y no durará en dar todas las oportunidades a cualquier partido de izquierdas europeo que quiera mostrar su voluntad de autonomía y especificidad propia, sobre todo!si murmura frases sibilinas sobre los norteamericanos y acepta todo lo que venga decorado con el calificativo «reformista» aunque proceda de la URSS, con todas sus limitaciones. Pero habría que hacer una excepción en este sector: han sido los intelectuales que en otro tiempo estuvieron en el comunismo y luego lo dejaron (Semprún, Goytisolo y, sobre todo, Fernando Claudín) los que han dado, en artículos de prensa, una visión más informada y matizada de lo que la «perestroika» significa. Aún así es difícil qué pueda moldear la opinión pública en general. Es la perversa herencia, en política exterior, del general Franco: a base de fomentar la demonización de la Unión Soviética y la «peculiaridad» española, consiguió la ignorancia sobre la primera y la real ausencia de identificación de la segunda con Occidente, con sus problemas y con su talante. Pero eso que podía ser tolerable en 1977 o 1978 ahora carece ya de justificación alguna, sobre todo cuando se dirime en ello nuestro porvenir.